

AULA DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

CICLO III: LA ACOGIDA DE JESÚS

RASGOS DE LA ACOGIDA DE JESÚS:

CURADOR DE LA VIDA

DEFENSOR DE LOS ÚLTIMOS

AMIGO DE LOS PECADORES

Prof. José Antonio Pagola

Director del Instituto Teológico y Pastoral
San Sebastián

Santander, 17 y 24 de abril de 2007

LA ACOGIDA DE JESÚS

El objetivo de este trabajo es acercarnos a Jesús de Nazaret como impulsor de una manera nueva de entender y de vivir la acogida. Una acogida que tiene sus raíces en la experiencia de un Dios acogedor y que conduce a construir la convivencia humana y la vida entera tal como la quiere Dios: una vida más digna y dichosa para todos. El itinerario que vamos a recorrer es el siguiente. En primer lugar, trataremos de descubrir las raíces desde las que brota y donde se nutre la acogida de Jesús. Luego, nos detendremos a estudiar de manera concreta cómo acoge Jesús a las personas que sufren, víctimas de la enfermedad o la desgracia; cómo acoge a los pobres y excluidos que no tienen nada ni nadie que los defienda de su miseria; cómo se acerca a pecadores e indeseables despreciados social y religiosamente.

I. Las raíces de la acogida de Jesús

La acogida de Jesús es la de un hombre que actúa siempre movido por la compasión, que se acerca a las personas desde un amor que no excluye a nadie, y en cuya preocupación está en primer lugar y antes que nada el sufrimiento de la gente.

1. Movido por la compasión

Jesús le experimenta a Dios como compasión. No habla nunca de un Dios «indiferente» o distante, desentendido de la vida de la gente o interesado sólo por su honor, su gloria o sus derechos. En el centro de su experiencia religiosa no nos encontramos con un Dios «legislador» que intenta gobernar el mundo por medio de leyes, ni con un Dios «justiciero» irritado o airado ante el pecado de sus hijos e hijas.

Para Jesús, Dios es compasión, «*entrañas*» diría él, «*rahamim*»¹. Éste es su lenguaje preferido. La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante sus criaturas, su manera de ver la vida y de mirar a las personas. Dios lo vive todo desde la compasión. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en su vientre. Dios nos lleva en sus entrañas de madre. Las parábolas más bellas y conmovedoras que salieron de labios de Jesús y, sin duda, las que más trabajó en su corazón fueron las que narró para comunicar a todos su experiencia de la increíble compasión de Dios².

¹ *Rahamim* son las entrañas de la mujer.

² Según la parábola del «padre bueno» (*Lucas 15, 11 – 32*), el reino de Dios se parece a un padre al que «*se le conmovieron las entrañas*» al ver llegar a su hijo perdido y, perdiendo el control, echó a correr, le abrazó y besó efusivamente como una madre. Se parece también a un samaritano bueno que, al ver en la cuneta del camino a un hombre abandonado, «*se le conmovieron las entrañas*» y, sin dar rodeos, se acercó al herido como una madre, curó sus heridas, las vendó y cuidó de él (*Lucas 10, 30 – 36*).

Este amor compasivo que descubre y experimenta en Dios su Padre está en el origen y trasfondo de toda la actuación de Jesús. Es lo que inspira y configura toda su vida. La compasión no es una virtud más, una actitud entre otras. Es lo primero. Nada hay más importante para Jesús. Él es el primero en actuar como «el padre» de la parábola que «*conmovido hasta lo más hondo de sus entrañas*», acoge a quienes encuentra destruidos por el hambre, la humillación y el pecado. El primero en caminar por las aldeas de Galilea como el «buen samaritano», muy atento a los heridos que encuentra caídos en la cuneta de los caminos, sin dar rodeos, conmovido por su sufrimiento, dispuesto siempre a curar y vendar heridas.

Para captar mejor esta compasión de Jesús podemos diferenciar tres elementos. En un primer momento, por decirlo así, Jesús interioriza el sufrimiento ajeno, deja que penetre en sus entrañas, en su corazón, en su ser, lo hace suyo, le duele a él. En un segundo momento, ese sufrimiento interiorizado, que le ha llegado hasta dentro, provoca su reacción, se convierte en punto de partida de un comportamiento activo y comprometido viene a ser un principio de acción, un estilo de vivir y actuar. Por último, este principio de acción se va concretando en acciones y compromisos diversos, orientados siempre a erradicar el sufrimiento o, al menos, a aliviarlo, buscando para todos una vida más digna, sana y dichosa³.

2. *Impulsado por un amor no excluyente*

³ Luego lo veremos concretamente en su actuación con diferentes grupos de personas necesitadas.

Desde la invasión de la cultura helénica iniciada con Alejandro Magno, el pueblo judío se vio obligado a defender con todas sus fuerzas su propia identidad frente al paganismo. Eran un pueblo pequeño. Sólo podrían sobrevivir reforzando su fidelidad a la Ley y al Templo, y promoviendo una política de separación de todo lo pagano. Se reafirmó la observancia del sábado como verdadera señal de identidad, se prohibió estrictamente el matrimonio con mujeres paganas y se interpretó el Código de santidad⁴, dispuesto por la Ley, como una estrategia de separación de lo impuro, lo no santo, lo que podía contaminar al pueblo.

La exigencia radical estaba formulada de manera precisa en el viejo libro del Levítico: «*Sed santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo*»⁵. El pueblo de Dios ha de ser santo, como el Dios que habita en el templo, un Dios que rechaza a los paganos, los pecadores e impuros, y bendice a su pueblo elegido, a los observantes de la Ley y a los puros. La santidad es la cualidad esencial de Dios. El ideal es ser santos como Dios es santo.

Paradójicamente esta imitación de la santidad de Dios, entendida como separación de lo «no-santo», de lo impuro y contaminador, que estaba pensada para defender la identidad del pueblo, fue generando de hecho una sociedad discriminatoria y excluyente. El pueblo judío busca su propia identidad santa y pura, excluyendo a las naciones impuras y paganas. Pero, además, dentro del pueblo elegido, los sacerdotes gozarán de un rango de pureza superior al resto del pueblo pues están al servicio del templo donde habita el Santo de Israel. Los varones pertenecen a un nivel superior de pureza sobre las mujeres, sospechosas siempre de impureza por

⁴ Se llama *Código de santidad* al conjunto de normas y prescripciones recogidas en el libro del *Levítico 19 – 26*.

⁵ *Levítico 19, 2*

su menstruación y por los partos. Los que gozan de salud están más cerca de Dios que los leprosos, ciegos y tullidos, excluidos incluso del acceso al templo. Esta búsqueda de santidad generaba barreras y discriminaciones; no promovía la mutua acogida, la fraternidad ni la comunión.

Jesús lo captó enseguida. Esta visión religiosa no respondía a su experiencia de un Dios compasivo y acogedor, y con una lucidez y una audacia sorprendentes, introdujo en aquella sociedad un nuevo principio que lo transformaba todo: «*Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*»⁶. Es la compasión y no la santidad el principio que ha de inspirar la conducta humana. Jesús no niega la «santidad» de Dios, pero lo que cualifica esa santidad no es la separación de lo impuro, el rechazo de lo no santo. Dios es grande y santo, no porque rechaza y excluye a paganos, pecadores e impuros, sino porque ama a todos sin excluir a nadie de su compasión.

Dios es bueno con todos. «*Hace salir su sol sobre buenos y malos; manda la lluvia sobre justos e injustos*»⁷. El sol y la lluvia son de todos. No tienen dueño. Dios los ofrece a todos por igual, como un regalo, rompiendo nuestra tendencia a discriminar. Dios no es propiedad de los buenos. Su amor está abierto a todos, también a los malos. Dios tiene en su corazón un proyecto integrador. Dios no separa ni excomulga, sino que abraza y acoge; no bendice las discriminaciones; busca un reino donde la mutua acogida y la igualdad solidaria han de impedir que los santos condenen a los pecadores, los ricos exploten a los pobres, los fuertes abusen de los débiles o los varones dominen con su prepotencia a las mujeres. El

⁶ Lucas 6, 36. La versión de Mateo 5, 48 dice: «*Sed buenos del todo como es bueno del todo vuestro Padre del cielo*».

⁷ Fuente Q (Lucas 6, 35 / Mateo 5, 45).

proyecto de Dios es claro: no a la exclusión, el rechazo o la marginación; sí a la acogida, la amistad solidaria y la comunión.

3. El sufrimiento de la gente: primera preocupación de Jesús

Jesús amó, defendió y dedicó su atención a los más pobres e indefensos de la sociedad. No hay en ello nada original. Otros muchos lo han hecho así antes y después de Jesús. Lo más admirable es que, Jesús no amó ni puso nada por encima de ellos, ni siquiera la religión, la ley o la seguridad de su pueblo. Las fuentes no dejan lugar a dudas. Lo primero para Jesús es una vida digna, sana y dichosa para la gente, no la religión.

La clave desde la que Jesús le vive a Dios y se esfuerza por acoger y promover su reino no es el pecado, la moral o las leyes religiosas sino el sufrimiento generado por la falta de compasión. Las gentes captaron enseguida la diferencia entre Jesús y el Bautista. La misión del Bautista estaba pensada y organizada en función del pecado. Era su preocupación suprema: denunciar los pecados del pueblo, llamar a penitencia y purificar con su bautismo a quienes acudan al Jordán. El Bautista no parece ver el sufrimiento: no se acerca a los enfermos ni los cura. No parece conocer la exclusión y marginación en que viven no pocos: no toca a leprosos, no libera a los endemoniados, no acoge a las prostitutas. El Bautista no visita una a una las aldeas de los campesinos, no abraza a los niños y niñas, no abandona nunca su lugar retirado del desierto. No come con pecadores, no los acoge a su mesa. El Bautista vive encerrado en su vida de ayuno y penitencia por los pecados del pueblo. Esta es su verdadera preocupación.

Por el contrario, la primera preocupación de Jesús es el sufrimiento y la marginación que sufren las gentes más enfermas y deterioradas. Los evangelios no presentan a Jesús caminando por Galilea en busca de pecadores para convertirlos de sus pecados. Lo describen acercándose a los enfermos para curarlos de su sufrimiento; tocando y bendiciendo a los leprosos para liberarlos de su exclusión; acogiendo a pecadores e indeseables amistosamente a su mesa. Se puede decir que su misión no es tanto una misión «religiosa» o «moral», cuanto una tarea «terapéutica», encaminada a liberar del sufrimiento a quienes viven agobiados por el mal y excluidos de una vida sana y digna. Es más determinante en la actuación de Jesús suprimir el sufrimiento y generar una vida sana que denunciar los pecados y llamar a los pecadores a la penitencia. No es que no le preocupe el pecado sino que, para él, el pecado que ofrece mayor resistencia al reino de Dios es precisamente causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia desentendiéndonos de las personas que sufren.

II. Curador del sufrimiento

Las fuentes cristianas lo afirman de manera unánime: *«Recorría toda Galilea... proclamando la buena noticia del reino de Dios y curando toda enfermedad y dolencia»*⁸. A diferencia del Bautista que nunca curó, Jesús proclama el reino de Dios poniendo salud y vida en las personas y en la sociedad entera. En la memoria de los primeros cristianos quedó grabado este recuerdo de Jesús. *«Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él»*⁹. La primera mirada de Jesús se dirige hacia los que

⁸ Mateo 4, 23. Ver también Marcos 1, 39; Mateo 9, 35; Lucas 6, 18.

⁹ Hechos de los apóstoles 10, 38.

sufren alguna enfermedad o ruptura interior. Lo hace «*ungido por Dios*», no por el «Dios de los justos», el Dios de la ley, sino por el «Dios de los que sufren», el Dios de la compasión. ¿Cómo se acerca a ellos? ¿Cómo los acoge?

1. Exclusión de los enfermos

Jesús se acerca a enfermos y enfermas que padecen dolencias propias de un país pobre y subdesarrollado: ciegos, paralíticos, sordo-mudos, enfermos de la piel, desquiciados. Muchos de ellos, enfermos incurables. Abandonados a su suerte e incapacitados para ganarse el sustento, algunos viven arrastrando una vida de mendicidad que roza la miseria y el hambre. Jesús los encuentra tirados por los caminos, a la entrada de los pueblos o junto a las sinagogas tratando de conmover el corazón de la gente. El rasgo que mejor los caracteriza es la exclusión.

Los enfermos se sienten, antes que nada, excluidos del disfrute sano de la vida. No pueden vivir como los demás hijos de Dios. Así es percibida la enfermedad: los ciegos no pueden captar la vida en su entorno; encerrados en su aislamiento, los sordos y mudos no pueden hablar ni comunicarse, no pueden cantar ni bendecir, no pueden escuchar a nadie; los paralíticos no pueden trabajar ni moverse, no pueden caminar ni peregrinar a Jerusalén. Viven excluidos en buena parte de la vida.

Pero la tragedia del enfermo hebreo es sentirse olvidado por Dios. Si no pueden disfrutar de la vida es porque el Espíritu de Dios, creador de la vida, los está abandonando, probablemente por algún pecado. En el origen de la enfermedad grave está siempre la

sombra de alguna infidelidad. De alguna manera, todo enfermo está marcado por la sospecha: Dios lo está abandonando.

Precisamente por eso, los enfermos son marginados y excluidos en mayor o menor grado de la convivencia social y religiosa. «*Los cojos y ciegos no han de entrar en la casa de Dios*»¹⁰. La exclusión del templo, lugar santo donde habita Dios, les recuerda a los enfermos lo que perciben en el fondo de su enfermedad: la lejanía del Dios de la vida. Dios no los quiere. Los «*leprosos*», por su parte, son separados de la comunidad, no por temor al contagio, sino porque son «impuros» que pueden contaminar al pueblo santo de Dios¹¹. Han de vivir aislados.

Excluidos de una vida plena, abandonados por Dios y por los hombres, estigmatizados con frecuencia por sus familiares y vecinos, estos enfermos y enfermas constituyen sin duda el sector más necesitado y desvalido, el deshecho de la sociedad. Pero, ¿están realmente abandonados por Dios o tienen un lugar privilegiado en su corazón de Padre? El dato histórico es incuestionable: Jesús se dedicó a ellos antes que a nadie. Se acercó precisamente a los que se consideraba impuros, tocó a los leprosos, despertó la confianza en Dios en aquellos que no tenían acceso al templo y los integró en el pueblo de Dios tal como él lo entendía. Para Jesús son ellos los primeros que tienen que experimentar que Dios es el Dios de los que sufren dolor, desamparo y exclusión.

2. *La acogida de Jesús*

¹⁰ 2 Samuel 5, 8

¹¹ Así decía el Levítico 13, 45 – 46. «*El afectado por la lepra... irá gritando: “impuro, impuro”. Todo el tiempo que dure su llaga, quedará impuro. Es impuro y vivirá aislado*».

Voy a señalar brevemente algunos rasgos que caracterizan el acercamiento de Jesús a hombres y mujeres, víctimas de la enfermedad, la minusvalía, la impotencia física o psíquica y la exclusión.

- *Contacto personal*

Lo primero que busca Jesús es el contacto personal con el enfermo. La gente acudía a él, no en busca de remedios o recetas, sino para encontrarse con él. Lo importante es su fe y la fuerza curadora que irradia su persona. Su amor apasionado a la vida, su acogida entrañable a cada enfermo o enferma, su fuerza para regenerar a la persona desde sus raíces, su capacidad de contagiar su fe en la bondad de Dios, su poder para despertar energías desconocidas en el ser humano creaban el espacio que hacía posible la renovación y curación de los enfermos.

- *Amor compasivo*

En la raíz de su acogida a los que sufren está siempre su amor compasivo. Jesús sufre al ver la distancia enorme que hay entre el sufrimiento de estos hombres, mujeres y niños, hundidos en la enfermedad, y la vida que Dios quiere para sus hijos. Jesús los busca y los acoge porque quiere que sean los primeros en experimentar en su propia carne la misericordia de Dios que los libere del mal. Para Jesús, curar es su forma de amar¹².

- *Gratuidad*

¹² Los evangelios utilizan constantemente el verbo *splanchnízomai* para decir que a Jesús le «temblaban las entrañas» cuando los veía sufrir (*Marcos 1, 41; 9, 22; Mateo 9, 36; 14, 14; 15, 32; 20, 34; Lucas 7, 13*). Las fuentes cristianas tan sobrias para hablar de los sentimientos de Jesús, señalan una y otra vez que la *compasión* es el punto de arranque y la raíz de su actuación.

Jesús cura de manera totalmente gratuita. No busca nada para sí mismo. Acoger a los que sufren y aliviar su dolor ha de ser siempre un regalo. Así lo han de entender sus seguidores cuando reproduzcan su actuación: «*Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis*»¹³. Este carácter gratuito de Jesús resultaba sorprendente y atractivo. Todos podían acercarse a Jesús, sin preocuparse de los gastos. No se puede acoger como Jesús cobrando.

- *Palabra acogedora*

Jesús tenía su estilo de actuar. Curaba a los enfermos con su palabra y sus gestos. No pronuncia fórmulas secretas ni hablaba entre dientes como los magos. Su palabra es alentadora: «*¿quieres curarte?*»; «*ábrete*»; «*niña, levántate*»; «*lo estoy deseando, queda limpio*»¹⁴. Las fuentes insisten en el esfuerzo de Jesús por despertar la confianza de los enfermos en la bondad de ese Dios que parece haberles retirado su bendición: «*No temas, solo ten fe*»; «*todo es posible para el que cree*»; «*hijo mío, tus pecados te son perdonados*»¹⁵. Los relatos sugieren que, en algún momento, Jesús y el enfermo se funden en una misma fe. El enfermo no se siente solo y abandonado. Acompañado y sostenido por Jesús, se abre confiadamente al Dios de los perdidos. Cuando Jesús no consigue contagiar esa confianza, su acción curadora queda frustrada; así le sucedió, al parecer, en su propio pueblo de Nazaret¹⁶. Pero cuando en el enfermo se despierta la fe, se produce la curación y Jesús la

¹³ Mateo 10, 8

¹⁴ Juan 5, 6; Marcos 1, 34; 5, 41; 1, 41.

¹⁵ Marcos 5, 36; 9, 23; 2, 5

¹⁶ Así dice Marcos: «*No pudo hacer allí ningún milagro. Tan solo curó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Y estaba sorprendido de su falta de fe*» (6, 5 – 6).

reafirma con su palabra: «*Hija mía, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad*»¹⁷.

- *Gestos curadores*

Jesús acoge y cura a los enfermos con diversos gestos. A veces «*agarra*» al enfermo, para expresarle su cercanía y transmitirle fuerza que lo arranque de su sufrimiento. Otras veces, «*impone sus manos*» sobre ellos para envolverlos con la bendición y el amor compasivo de Dios. Con los leprosos «*extiende su mano y los toca*» para romper el aislamiento y para expresarles su acogida y compasión amorosa precisamente a ellos que se sienten excluidos de la convivencia¹⁸. Así es la acogida de Jesús: sus manos bendicen a quienes se sienten malditos, tocan a los leprosos impuros, comunican fuerza a los enfermos hundidos en la impotencia, transmiten confianza a quienes dudan de Dios, acarician a quienes no tienen a nadie.

- *La integración en la sociedad*

Jesús reconcilia a los enfermos no sólo con Dios sino con la sociedad. La curación no es efectiva hasta que los enfermos se sienten integrados en la convivencia. Las fuentes describen de diversas maneras esta voluntad de Jesús: «*levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*»; «*vete a tu casa con los tuyos y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo*»¹⁹. Es especialmente reveladora la actuación de Jesús con los leprosos. En realidad, los leprosos no le piden que los cure sino que los «*limpie*»: que los libere de esa barrera que los

¹⁷ Marcos 5, 34. Ver también 10, 52.

¹⁸ Ver los diversos matices: «*agarrar*» (Marcos 1, 30; 5, 41; 9, 27); «*imponer las manos*» (Lucas 13, 13; Marcos 8, 23); «*extender la mano y tocar*» (Marcos 1, 41).

¹⁹ Marcos 2, 11; 5, 19

excluye de una convivencia digna con los demás. Y Jesús actúa siempre de la misma manera: se compadece de su sufrimiento, extiende su mano, los toca y los libera de la exclusión. Su gesto es intencionado. No está pensando sólo en la curación del enfermo. Su actuación es una llamada a toda la sociedad. Hay que construir la vida de otra manera: los «impuros» pueden ser tocados, los excluidos han de ser acogidos. No hemos de mirarlos con miedo sino con compasión. Como los mira Dios.

III. Defensor de los últimos

La acogida de Jesús, transida de compasión y fuerza curadora adquiere unos rasgos más precisos de solidaridad y defensa cuando se acerca a hombres y mujeres, privados de todo, que arrastran una vida indigna y deshumanizada. ¿Cómo se acerca Jesús a los últimos de la sociedad?, ¿Cuál es su actitud de fondo?

1. La indefensión de los últimos

Las fuentes cristianas nos dicen que Jesús vivió en medio de «pobres». Siempre se habla en plural. No se trata de un mendigo o un necesitado casual. Los «*pobres*» de los que se habla en los evangelios son el estrato o sector más oprimido: los que están en lo más bajo de la escala social. En Galilea, la inmensa mayoría de la población era pobre pues estaba compuesta por familias que luchaban día a día por sobrevivir, pero al menos tenían un pequeño terreno o algún trabajo para asegurarse el sustento. Cuando en los evangelios se habla de los «*pobres*», éstos son los que no tienen ni

lo necesario para vivir. Gente que vive al límite o por debajo del mínimo vital. Los desposeídos de todo²⁰.

Este sector de campesinos empobrecidos eran víctimas de un desarrollo injusto de la sociedad. Fueron varios los factores que provocaron marginación y miseria en tiempos de Jesús. El grandioso programa de construcciones emprendido por Herodes el Grande sólo había sido posible exigiendo al pueblo una fuerte tributación. Las cosas no cambiaron mucho con su hijo Herodes Antipas. Durante su mandato, Galilea conoció por primera vez el fenómeno de la urbanización. La reconstrucción de Séforis y la construcción de la nueva capital de Tiberíades cambiaron el paisaje social de Galilea. En un breve espacio de tiempo, precisamente durante los primeros veinte años de la vida de Jesús, estas dos ciudades se convirtieron en centros administrativos y militares desde donde se controlaba toda la región. Allí se concentraron las clases dominantes: militares, poderosos recaudadores de tributos, grandes terratenientes, responsables del almacenamiento de mercancías. No eran muchos, pero constituían la elite urbana protegida por Antipas: los ricos de Galilea en tiempos de Jesús. Los que poseían riqueza, poder y honor.

La situación del campo era muy diferente. El peso de las tasas y tributos hundió a no pocas familias dejándolas en la miseria. Una mala cosecha, la enfermedad de un varón, la muerte del padre podían ser el comienzo de la tragedia. Al no poder responder a las exigencias de los recaudadores, los campesinos pedían préstamos a los terratenientes que controlaban los almacenes de grano. Más tarde, al no poder pagar sus deudas, se veían obligados a

²⁰ En la lengua griega del siglo primero se distingue entre «*penes*», el pobre que vive de un trabajo duro y «*ptojos*», el indigente, el desposeído de todo, que no tiene de qué vivir. Jesús habla siempre de estos últimos (*ptojoi*) en plural.

desprenderse de sus tierras que pasaban a engrosar las propiedades de los más poderosos.

El resultado era cruel. Lujoso edificios en Séforis y Tiberíades, miseria en las aldeas; riqueza y ostentación en las élites urbanas, deudas y hambre entre las gentes del campo; enriquecimiento de los grandes terrateniente, pérdida de tierras de los campesinos pobres. Al parecer, en tiempos de Jesús, fue creciendo la inseguridad y la desnutrición; privadas de su pequeña propiedad, algunas familias se desintegraban; aumentó el número de jornaleros mendigos, vagabundos, prostitutas, bandoleros y gentes que huían de sus acreedores²¹.

Estos hombres y mujeres no componen una masa anónima. Tienen rostro aunque casi siempre esté sucio y demacrado por la desnutrición. Muchas son mujeres, sin duda las más vulnerables e indefensas: pobres y además, mujeres. Hay también niños y niñas huérfanos. La mayoría son vagabundos sin techo. No saben lo que es comer carne ni pan de trigo. Se contentan con hacerse con algún mendrugo de pan negro de cebada o robar unas cebollas o unos higos. Se cubren con una túnica raída y casi siempre caminan descalzos. Es fácil reconocerlos. Entre ellos hay mendigos que van de pueblo en pueblo o tullidos y ciegos que piden limosna junto a los caminos o a la entrada de las aldeas. Entre las mujeres hay viudas que no han podido casarse de nuevo, esposas estériles repudiadas por sus maridos y algunas prostitutas de pueblo que buscan clientes después de los banquetes para ganarse el pan para ellas y sus hijos.

²¹ Tal vez, el mismo Jesús pertenecía a una familia venida a menos que se había quedado sin tierras. Tanto él como su padre José tuvieron que recorrer las aldeas buscando algún trabajo para su oficio de artesanos.

Estos hombres y mujeres no solo son indigentes sino que están condenados a vivir en la vergüenza, sin honor ni dignidad alguna. No se pueden enorgullecer de pertenecer a una familia respetable; no han podido defender sus tierras; no pueden ganarse la vida con un trabajo digno. Son unos indeseables a los que cualquiera puede despreciar. También ellos lo saben. Por lo general, los mendigos de Galilea y Judea pedían limosna desde el suelo, sin atreverse apenas a levantar sus ojos del suelo; las prostitutas, para poder sobrevivir, renunciaban al honor sexual de la mujer tan valorado en aquella sociedad, y vivían como esclavas de quienes las quisieran usar. Una vez perdido el honor, estos hombres y mujeres no lo recuperarán jamás. Su destino es vivir degradados. No son nadie. Si desaparecieran, nadie lo sentiría.

Hay algunos rasgos comunes que caracterizan a este sector oprimido. Todos ellos son víctimas de los abusos y atropellos de quienes tienen poder, dinero y honor. Todos viven en una situación de miseria de la que ya no podrán escapar. No pueden defenderse de los poderosos; no tienen un patrón que los proteja porque no tienen nada que ofrecer como clientes protegidos en aquella sociedad de patronazgo. En realidad, no interesan a nadie. Son el «material sobrante del imperio». Vidas sin futuro²².

2. *La acogida de Jesús*

Vamos a señalar algunos rasgos propios de la acogida de Jesús a estos sectores oprimidos, condenados a vivir en la miseria, la exclusión y el deshonor.

²² Así los califica el afamado sociólogo Lensky: «*the expendables*», los «prescindibles» o «sobrantes».

- *Entre los últimos*

Según las fuentes, Jesús no entra nunca en la preciosa ciudad de Séforis a solo seis kilómetros de Nazaret, ni en Tiberiades, la nueva y espléndida capital de Galilea, construida por Antipas a orillas del lago, a dieciséis kilómetros de Cafarnaún. Se dedica a recorrer las aldeas y pueblos de Galilea donde viven las gentes más pobres. Hay una razón poderosa que lo mueve a actuar así. En estas aldeas está el pueblo de Israel más humillado y oprimido, despojado de su derecho a disfrutar de la tierra regalada por Dios a todo Israel. Aquí encuentra como en ninguna parte al Israel enfermo y deshumanizado. Estas gentes pobres, hambrientas y afligidas son las «*ovejas perdidas*» de Israel, los primeros que deben escuchar la Buena Noticia de Dios. Jesús lo tiene muy claro. Su experiencia del reino de Dios sólo puede ser comunicada desde una estrategia alejada de los poderosos, en contacto directo y estrecho con las gentes más necesitadas de respiro y liberación.

- *Identificado con los más pobres*

Jesús dio pasos muy importantes en su vida hasta hacerse prácticamente como uno de esos indigentes. Dejó su trabajo y abandonó su casa para aprender a vivir la vida insegura de un itinerante sin techo. No lleva consigo moneda alguna con la imagen del César; no tiene problemas con los recaudadores. Ha renunciado a la seguridad del sistema. Se ha salido del imperio de Tiberio para entrar en el reino del Dios de la compasión. Ahora invita a los suyos a hacer lo mismo. Vivirán como estos vagabundos y vagabundas. Caminarán descalzos como ellos, que no tienen un denario para comprarse un par de sandalias de cuero. Prescindirán de la túnica de repuesto, la que sirve de manta para protegerse del frío de la noche cuando duermen al raso. No llevarán siquiera un zurrón con

provisiones. Así aprenderán a vivir de la solicitud de Dios y de la hospitalidad de la gente. Exactamente como estos indigentes²³. Ahí está su sitio: entre los excluidos del imperio. Es el mejor espacio social para acoger la Buena Noticia de Dios. Sorprendentemente, Jesús no piensa en lo que el grupo deberá llevar consigo sino, precisamente, en lo contrario: lo que no deben llevar para no distanciarse de los últimos.

- *Haciéndoles sitio en su vida*

Jesús no puede anunciar el reino de Dios, ni introducir la justicia del Padre compasivo olvidando a estas gentes. Les tiene que hacer sitio en su propia vida para hacerles ver que tienen sitio en el reino de Dios. Tiene que defenderlos para que puedan creer en un Dios defensor de los últimos. Tiene que abrirse de manera muy especial a ellos, a los que se les cierran todas las puertas, incluso las del templo. Tiene que acoger antes que nada a quienes, día a día, se topan con las barreras levantadas por los ricos terratenientes y las poderosas familias herodianas. No se acerca a ellos de manera fanática o resentida ni rechazando a los ricos. Solo quiere ser signo claro de que Dios no abandona a los últimos y un grito lanzado en su nombre para construir un mundo nuevo donde los últimos y las últimas sean los primeros y las primeras.

- *Defensor de los indigentes*

Jesús comenzó a gritar un mensaje nuevo y diferente, sorprendente y provocativo. La compasión de Dios está pidiendo que se haga justicia, antes que nada, a los más indigentes y humillados. El reino de Dios es para ellos. No pertenece a todos por

²³ Éste es el resultado de un estudio crítico de las instrucciones de Jesús (*Marcos 6, 8 – 11; fuente Q (Lucas 9, 3 – 5 / Mateo 10, 9 – 14); Lucas 10, 4 – 11; Tomás 14, 4*).

igual: a los grandes terratenientes que banquetean en Tiberiades y a los mendigos que viven de hambre en las aldeas. Dios quiere justicia para los explotados. Su corazón no soporta este sufrimiento de sus pobres. Jesús lo conoce muy bien. Está viendo de cerca el hambre de aquellas mujeres y aquellos niños desnutridos a los que tanto le gusta besar y abrazar; ha visto llorar de rabia e impotencia a aquellos campesinos, al quedarse sin tierras, o cuando los recaudadores se llevan lo mejor de sus cosechas. Son ellos los que necesitan escuchar antes que nadie la bendición de Dios: «*Dichosos los que no tenéis nada porque vuestro rey es Dios; dichosos los que ahora estáis pasando hambre porque seréis saciados; dichosos los que ahora lloráis porque os reiréis*»²⁴.

¿Cómo puede Jesús hablarles así? ¿No es una burla? ¿No es cinismo? Lo sería si Jesús les hablara desde los palacios de Tiberiades o las villas de los sumos sacerdotes de Jerusalén. Pero Jesús está con ellos. Es un indigente más que les habla en nombre de Dios. Lo hace con total convicción: «los que no interesan a nadie, interesan a Dios; los que sobran en los imperios contruidos por los hombres tienen un lugar privilegiado en su corazón; los que no tienen a nadie que los defienda, tienen a Dios como Padre». Si el reino de Dios es acogido, si el mensaje de Jesús es interiorizado, todo cambiará. Será una suerte para los que viven oprimidos y una amenaza para quienes viven oprimiendo.

- *La dignidad indestructible de los últimos*

Jesús era realista. No tenía poder político ni religioso para transformar aquella situación. No tenía ejércitos para levantarse

²⁴ Nadie duda seriamente de que estas tres bienaventuranzas provienen de Jesús. La versión de *Lucas* (6, 20 – 21) es más auténtica que la de *Mateo* (5, 3 – 11) que les ha dado un carácter más espiritual añadiendo además otras nuevas.

contra las legiones romanas ni para derrocar a Antipas. Era el profeta de Dios hecho uno con los últimos. Su palabra no significa ahora mismo el final del hambre y la miseria, pero sí una dignidad indestructible para todas las víctimas de abusos y atropellos. Todo el mundo ha de saber que son los hijos predilectos de Dios. Esto confiere a su dignidad una seriedad absoluta. Nunca, en ninguna parte, se construirá la vida tal como la quiere Dios si no es liberando a estos hombres y mujeres de su miseria y humillación. Nunca una religión será bendecida por Dios si no introduce justicia para ellos. A Dios se le acoge construyendo un mundo que tenga como meta la dignidad de los últimos.

IV. Amigo de pecadores

Sin embargo, no fue su acogida a los últimos lo que provocó más escándalo y hostilidad hacia Jesús, sino su amistad con los pecadores. Nunca había sucedido algo parecido en la historia de Israel. La acogida respetuosa, amistosa y simpática de Jesús a pecadores indeseables era algo insólito.

1. El rechazo a los pecadores

No es fácil saber con precisión quienes forman este grupo de personas que en los evangelios son calificados como «*pecadores*». Es cierto que se puede rastrear en la literatura rabínica listas de oficios despreciables que parecen abarcar a gentes consideradas sociológicamente como pecadores. Tal vez, había también personas ignorantes cuya conducta al margen de toda normativa o prescripción ritual podía ser despreciada por los sectores más radicales como propia de pecadores. Sin embargo, no parece que el

calificativo de «pecador» se aplicara ligeramente a cualquiera²⁵. «*Pecadores*» son los que rechazan la Alianza, viven al margen de la ley, desprecian el Día de la Expiación y no dan signos de arrepentimiento. Todos ellos viven fuera de la Alianza, traicionan al Dios de Israel y quedan excluidos de la salvación. Son probablemente los «*perdidos*» de los que habla Jesús en sus parábolas²⁶.

Junto a los «pecadores», las fuentes hablan de otro grupo perfectamente identificable: los «*publicanos*». No son los poderosos recaudadores de tributos e impuestos directos del imperio sobre las tierras y productos del campo. Roma confiaba esta tarea a familias prestigiosas bien seleccionadas que vivían en Séforis y Tiberiades, y respondían con su fortuna de su cobro eficaz. Probablemente, Jesús no se encontró con ninguno de ellos. Los publicanos que comen a la mesa con Jesús son recaudadores que viven cobrando los impuestos de las mercancías, y los peajes y derechos de tránsito en calzadas importantes, puentes o puertas de ciudades importantes como Jerusalén. Este trabajo, considerado como una actividad propia de ladrones y gente poco honesta, era tan despreciable que, por lo general, sólo lo ejercían quienes no habían podido encontrar un medio mejor para vivir. A veces se recurría, al parecer, a esclavos. Estos publicanos constituyen un grupo típico de «pecadores» que viven fuera de la ley sin dar signos de arrepentimiento. En realidad

²⁵ Después de los estudios realizados por *Sanders* hay que corregir la posición de *Jeremías*, seguida por muchos especialistas, de considerar pecadores al pueblo ignorante de la ley y a los que ejercían profesiones estigmatizadas.

²⁶ Parábolas del «hijo perdido», de la «oveja perdida», la «dragma pérdida» (Lucas 15, 1 – 32). Son considerados «pecadores» los que profanan el templo, los que traicionan al pueblo elegido, los usureros, las prostitutas...

su conversión parece imposible pues no pueden devolver lo robado a sus víctimas²⁷.

El equivalente de este grupo de pecadores en el campo de las mujeres son las «*prostitutas*», despreciadas como fuente de perdición para los varones. Las prostitutas que conoció Jesús no son prostitutas que trabajan en los pequeños burdeles regidos por esclavos en las ciudades importantes. Son prostitutas de pueblo, casi siempre mujeres repudiadas, viudas empobrecidas o jóvenes violadas. Al parecer, son estas mujeres que buscaban clientes en las fiestas y banquetes de las aldeas las que pronto se acercaron a las comidas y cenas que se hacían en torno a Jesús.

2. *La acogida de Jesús*

La acogida de Jesús a pecadores, publicanos, prostitutas y otras gentes parecidas adquiere un tono de amistad, simpatía y perdón gratuito que provoca en muchos escándalo y hostilidad hacia su actuación. Veamos algunos rasgos.

- *Acogida escandalosa*

La actuación del Bautista no escandalizó a nadie. Denunciaba a los pecadores, les recordaba el castigo que los amenazaba y les ofrecía un gran rito de penitencia y purificación para liberarlos de la perdición. Era lo que se esperaba de un profeta de la Alianza. Pero lo de Jesús era difícil de entender. No hablaba de la «*ira*» de Dios contra los pecadores. Al contrario, según él, en el reino de Dios hay sitio para los pecadores, publicanos y prostitutas. No se dirige a ellos en nombre de un Juez irritado, sino en una actitud amistosa y

²⁷ No hay que confundir a estos publicanos con los «*jefes de publicanos*» (*architelones*) como *Zaqueo* (*Lucas 19, 1 – 10*), que eran hombres ricos y poderosos que controlaban los derechos de aduana de una determinada región.

acogedora en nombre de un Padre compasivo. ¿Cómo un hombre de Dios los podía aceptar como amigos? ¿Cómo los podía acoger sin exigirles previamente signos de arrepentimiento? Ningún profeta de Israel había actuado así. Tampoco las comunidades cristianas se atrevieron más tarde a actuar de forma parecida con los pecadores.

- *Mesa abierta a los pecadores*

Lo que más escandalizaba era ver que se sentaba a la mesa con ellos. Es, sin duda, el rasgo más sorprendente y original de Jesús, el que más lo diferencia de todos sus contemporáneos y de todos los profetas y rabinos de Israel. El gesto era intencionado y generó una reacción inmediata. Las fuentes recogen fielmente primero la sorpresa: «¿Qué? ¿Es que come con publicanos y pecadores?»²⁸, no guarda las debidas distancias. Luego las acusaciones y el rechazo: «Ahí tenéis un comilón y bebedor de vino, amigo de pecadores»²⁹.

El asunto era explosivo. Sentarse con alguien a la mesa es siempre un signo de respeto, confianza y amistad. No se come con cualquiera y menos cuando se desea proteger la propia identidad santa. Cada uno come con los suyos, los que pertenecen a su propio grupo, y excluye a los demás. En la mesa compartida se refuerza la amistad y pertenencia al propio grupo y se marcan las diferencias con los demás: los judíos comen con los judíos y excluyen a los paganos; los ricos comen con los ricos y excluyen a los pobres; los fariseos comen con fariseos de manos limpias y actuación pura, y excluyen a los pecadores e impuros; los monjes de Qumrán comen con sus hermanos y excluyen a los «*hijos de las tinieblas*». Jamás se sentaría un hombre piadoso y respetable con pecadores y prostitutas.

²⁸ *Marcos 1, 16*

²⁹ *Fuente Q (Mateo 11, 9 / Lucas 7, 34)*

Sin embargo, Jesús insiste en comer con todos. Su mesa está abierta a cualquiera. Nadie se debe sentir excluido. No hace falta ser puro. No es necesario limpiarse las manos. Puede compartir su mesa gente poco respetable, incluso pecadores que viven al margen de la Alianza. Jesús no excluye a nadie. En el reino de Dios todo ha de ser diferente. La misericordia acogedora sustituye a la santidad excluyente. El reino de Dios es una mesa abierta donde se pueden sentar todos, incluso los pecadores. No hay que reunirse en mesas separadas que excluyen a otros, para poder así guardar la propia santidad. La identidad del grupo de Jesús consiste precisamente en no excluir a nadie.

- *Amigo de pecadores*

A las acusaciones que se le hacen Jesús contesta con este refrán: «*No necesitan de médico los sanos sino los enfermos*»³⁰. Aquellas comidas tienen para él un carácter terapéutico. Jesús les ofrece su confianza y amistad, los libera de la vergüenza y humillación, los rescata de la exclusión, los acoge como amigos y amigas. Poco a poco se despierta en ellos la dignidad: no son tan merecedores de un rechazo. Por vez primera se sienten acogidos por un hombre de Dios. Por eso, las comidas son alegres y festivas. Beben vino y probablemente cantan himnos³¹. En lo íntimo de su corazón, Jesús celebra con gozo el retorno de estos hijos perdidos hacia el Padre. También ellos son hijos e hijas de Abrahán. La alegría de Jesús se contagiaba a todos. No se podía estar triste en su compañía. Es tan absurdo como estar en una boda ayunando junto al novio³². Con esta acogida amistosa, Jesús no está justificando el

³⁰ *Marcos 2, 17a*

³¹ El vino sólo se bebía en las comidas de carácter festivo. A Jesús le llamaban literalmente «*bebedor de vino*» (*Lucas 7, 33 / Mateo 11, 19*).

³² *Marcos 2, 18 – 19*

pecado, la corrupción o la prostitución. Está rompiendo el círculo diabólico de la discriminación y abriendo un espacio nuevo y acogedor para el encuentro amistoso con Dios.

- *El perdón como acogida*

A estos pecadores que se sientan a su mesa Jesús les ofrece el perdón envuelto en acogida amistosa. No actúa como juez sino como amigo. El reino de Dios es gracia antes que juicio, amistad de Dios antes que amenaza. Aquellos pecadores, aquellas prostitutas han de sentirse acogidos por Dios. Nada tienen que temer. Pueden beber vino y cantar con Jesús. Su acogida amistosa los va curando por dentro. Poco a poco empiezan a intuir que Dios no es un juez sombrío y peligroso que les espera airado; es un amigo que los busca para ofrecerles su amistad. En ningún momento, Jesús les absuelve de sus pecados ni declara que sus pecados les son perdonados por Dios. Probablemente, Jesús llegó a expresarse así en alguna ocasión otorgando en nombre de Dios un «*perdón-absolución*» a algún pecador³³. Pero no es éste su modo de actuar en estas comidas. En el «*perdón-absolución*» Dios aparece todavía como un «*juez*», sin duda compasivo y benévolo, pero que sigue presentándose como juez que dicta, eso sí, una sentencia de absolución. No es esto lo que Jesús comunica en estas comidas con pecadores. Su acogida a publicanos y prostitutas incluye la absolución del pecado pero es muchos más. Es un «*perdón-acogida*»: Dios sale al encuentro del pecador no como un juez a

³³ Las fuentes cristianas han conservado dos escenas en las que Jesús ofrece de manera solemne el perdón de Dios (*Marcos 2, 5; Lucas 7, 48*). Es muy discutida entre los autores su historicidad.

dictar sentencia sino como un Padre que busca recuperar a sus hijos perdidos³⁴.

- *El perdón gratuito de Jesús*

La conducta de Jesús ofreciendo su acogida y el perdón de Dios a los pecadores provocó escándalo e indignación. ¿Por qué? ¿Dónde está la novedad de su actuación? El pueblo judío cree en el perdón de todos los pecados, incluidos el homicidio y la apostasía. Dios sabe perdonar a quienes se arrepienten. Eso sí, es necesario seguir un camino. Se requiere en primer lugar manifestar el arrepentimiento mediante los sacrificios apropiados; abandonar una vida alejada de la Alianza y volver a la obediencia a la Ley; por último, las ofensas y daños al prójimo exigían la debida reparación o restitución. Si Jesús hubiera logrado esto con sus amigos y amigas pecadores, nadie se hubiera escandalizado. Al contrario, lo hubieran admirado y aplaudido.

Lo sorprendente es que Jesús los acoge sin exigirles previamente nada. Les ofrece su comunión y amistad como signo de que Dios los está acogiendo incluso antes de volver a la ley y de integrarse en la vieja Alianza. Los acoge tal como son: pecadores. Los perdona sin estar seguro de que responderán cambiando su conducta. Lo hace confiando totalmente en la misericordia de Dios que ya los está buscando. Actúa como profeta de la misericordia de Dios. Es amigo de los pecadores y pecadoras antes de haberse

³⁴ Esta manera de actuar es más acorde con las parábolas de Jesús sobre el padre que acoge al hijo perdido, el pastor que busca la oveja perdida o la mujer que recupera la moneda perdida (*Lucas 15, 4 – 32*).

convertido. Sabe que Dios es así: no espera a que sus hijos e hijas cambien para dar el primer paso y ofrecerles su perdón³⁵.

Jesús no sigue los caminos de la ley para ofrecer el perdón de Dios: definir la culpa, llamar al arrepentimiento, lograr el cambio y ofrecer una absolución condicionada a una respuesta posterior efectiva. Sigue los caminos del reino: ofrecer acogida y amistad, regalar el perdón de Dios y confiar en su misericordia que sabrá encontrar y recuperar a sus hijos e hijas perdidos. Jesús acoge amistosamente a los pecadores e inicia con ellos un camino hacia Dios que sólo se sostiene en su compasión infinita. Nadie ha realizado en esta tierra un signo más cargado de esperanza, más gratuito y más absoluto del perdón de Dios.

* * *

Así fue Jesús. Así fue la acogida del profeta de la misericordia, movido siempre por la compasión maternal del Padre, impulsado por su amor insondable que no excluye a nadie, que lleva clavado en el corazón el sufrimiento de la gente como primera preocupación suya y de Dios.

Su acogida a los enfermos y personas dolientes se caracteriza por el contacto personal con el que sufre, el amor compasivo, el acercamiento gratuito, los gestos acogedores y la integración en la convivencia. Esta acogida, impregnada de compasión y fuerza curadora adquiere unos rasgos de solidaridad y defensa incondicional cuando se acerca a los pobres, privados de todo; Jesús

³⁵ Es sorprendente que las fuentes no recojan nunca exhortación alguna de Jesús, dirigida a los publicanos o prostitutas para que cambien de conducta o dejen su oficio. En una escena, elaborada tal vez por *Lucas*, se nos dice que *Zaqueo*, «jefe de publicanos», toma la decisión de cambiar de vida, pero lo hace después de haber experimentado la acogida amistosa de Jesús (19, 1 – 10).

vive entre los últimos, se identifica con los más excluidos, les hace sitio en su vida, los defiende y les confiere para siempre una dignidad indestructible. Por último, su acogida escandalosa a pecadores, prostitutas y gentes de vida ambigua, está transida de amistad. Jesús los acoge en su mesa, les regala su amistad y les ofrece el perdón gratuito de Dios envuelto en acogida incondicional.

Así era Jesús. Así iba abriendo camino al reino del Padre por las aldeas de Galilea en los años treinta. Así se abre camino al reino de Dios también hoy, en el siglo XXI. Los discípulos y seguidores de Jesús no lo hemos de olvidar.